

PREGÓN DE SEMANA SANTA

**Devota y Fervorosa Hermandad de Caridad y Cofradía de
Nazarenos del Santísimo Cristo de la Sagrada Lanzada,
María Santísima del Patrocinio, San Juan Evangelista y
Nuestra Señora de los Dolores.**

MANUEL MARÍN DE VICENTE-TUTOR

HUELVA, 28 DE MARZO DE 2009

Me enamoró de ti la luz cálida de esas tardes de pasión popular, la transparencia de un barrio envuelto en el fervor santo con el que tus gentes moldean altares a la medida de su fe profunda.

Me enamoró de ti el rastro de pies desnudos y caminantes sobre la estela septembrina de la gloria cintera entre callejas y paseos de palmeras endulzadas de dátiles y naranjos en flor.

Me enamoró de ti el azul del Odiel impregnado en la túnica planchada con el primor de la delicadeza.

Me enamoró de ti el blanco puro, el blanco de Espíritu Santo y palomas de rasos níveos, en el morrión altivo que enfila tu penitencia en la santa tarde del Martes Santo.

Me enamoró de ti tu nombre, Colonias, tu origen de gentes humildes y manos trabajadoras en el obrador de la vida, tu origen de labor y sudores en torno al mineral y a la sal, en torno a rudimentos de harinas y a una fuente vieja con su mirada siempre perdida en el horizonte del río.

Me enamoró de ti la sencillez de tus calles, donde el fandango se respira hondo, donde revuelan los aires flamencos, donde el arte huele a arte, y donde las voces rotas por la grieta de un taranto o el quejido de una saeta confluyen en el denuedo cotidiano.

Me enamoraron tus recodos sugerentes, convecinos del albero bordado en verónicas de oro en el manto de un cabezo.

Me enamoraron antaño los sones lejanos, me enamoraron los ecos que fabrican, risueñas, las campanas mercedarias, oteando desde la altura catedralicia las puertas de tu templo.

Me enamoró de ti un balcón arbolado de reposteros y geranios, al que asomaba aquel niño que soñaba con ser mayor y enfundarse un costal bajo el reflejo azul y plata de un paso de palio que por dos veces comparte con Huelva, en la lontananza de su barrio, el caliz amargo del Dolor al que la muerte en la Cruz nos guía.

Me enamoré de ti cuando supe que serías capaz de transformar cada Martes Santo en una singladura penitencial continuadora de un Viernes de Dolores, paradójicamente glorioso, que engalana de alegría el corazón cuando sentimos que sí, que el pórtico de la Semana Santa se nos abre ante los cinco sentidos, como un arco iris infinito de gozos y plenitud cofrade.

Me enamoré de ti en aquella recogida, cuando tus paredes de barrio sensible y agradecido, de barrio generoso y amable, dibujaban las sombras en movimiento del misterio de la Pasión de Cristo. Cuando en aquella recogida, sobre la cal blanca de unas callejuelas cimbreantes, vibraban unos candelabros que anunciaban la Muerte de Dios y mantenían candente la llama eterna de su Resurrección.

Me enamoré de ti con las brisas de la marea baja y con el salitre en el ambiente refrescando la generosidad de unos hermanos, ciegos de amor por los siete Dolores de su Santísima Madre.

Me enamoró de ti una cigüeña dibujando círculos sobre tu Parroquia, como bosquejando una inmensa corona de espinas para que Las Colonias, y con ellas Huelva entera, anuncien el preludio divino y virtuoso de una cofradía en pos de una oración, en pos de una prez vivificadora ante Cristo Sacramentado.

Me enamoró de ti aquella anciana buena y paciente, que en el reposo de una chicotá, se te acercó lentamente, y con lágrimas en los ojos se postró a tus pies. Para posar junto a la peana una flor. Para implorar a su Madre. Para rogar por la familia que sufre las penurias con que cada día nos castiga la vida y los golpes con que nos fustigan las injusticias.

Me enamoraron de ti tus brazos fuertes de barrio incansable y tenaz, tus brazos fuertes de seguridad en ti mismo, tus brazos rocosos y abiertos de barrio confiado que acoge y engrandece todo lo que abraza, para luego entregarse a Jesús con la sincronía de la primavera

anunciada. Para luego entregarse a las lágrimas de María, con la incuria del hijo sinceramente arrepentido de sus pecados.

Me enamoraron de ti tu angustia, tu cercanía, tu sinceridad, tu dulzura, tu reguero de gotitas de cera en aquella calle aislada..., insignificantes para quien las pisa como sin darles importancia; pero trascendentales para quien bosqueja, con cada una de esas gotitas, el trazo de una vida en constante penitencia... y se santigua, agradecido por el milagro, cuando el sol se amanece cada mañana y deslumbra de vida y de gracias sus ojos.

Me enamoró de ti el alborozo contagioso de verme prendado en la Placeta y contemplar tras un manto azul de dolores una Cruz de Guía estudiantil que me despertaba otro Martes Santo, otro año más, de un sueño que no era tal. Que era la realidad más palpable, que era la vida misma. Que en la calle, el barrio reza con Dios aferrado a

**su madero, siguiendo con la cruz al hombro el rastro
sangrante de su costado.**

**Siguiendo, orante, la senda de agonía que la Madre de Dios
traza con lágrimas para mostrarnos el único camino para la
salvación.**

Me enamoré de ti...

Y ya sin ti, tu barriada sería un huérfano errante.

Ya sin ti, sólo concibo una Semana Santa incompleta.

Rvdo. Señor Cura Párroco de esta Parroquia de Nuestra Señora de los Dolores.

Sr. Hermano Mayor de la Devota y Fervorosa Hermandad de Caridad y Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Sagrada Lanzada, María Santísima del Patrocinio, San Juan Evangelista y Nuestra Señora de los Dolores.

Dignísimos señores miembros de la Junta de Gobierno de esta Corporación.

Sres Hermanos Mayores de otras Corporaciones aquí presentes.

Palabras al presentador.

Hermanos, cofrades y amigos todos.

Sean estas palabras una muestra de humilde homenaje para todos aquellos que con su hábito cofrade redactan en letras barrocas un catecismo pasionario en la calle. Para aquéllos que hacen del trabajo silencioso y anónimo una labor sólo para Jesucristo, cuyas obras se firman en blanco, sin alzar la voz y sin esperar nada a cambio. Sean para quienes trabajan de la mano de la Virgen, sin estruendos ni alharacas en la soledad de un almacén o de una Casa de Hermandad.

Sean para quienes lo hacen sin pretender destacar y con la generosidad que les impide figurar más de lo que su contrato con Dios prescribe en una papeleta de sitio cuidadosamente doblada en un bolsillo del pantalón. Sean para quienes son capaces de olvidarse de sí mismos para entregarse al otro y brotar como un fruto de fraternidad. Sean para quienes, orando, transforman el rito caminante de un cirio a la cintura en una eucaristía. Sean para ese nazareno anónimo de los primeros tramos de luz cuya vara es la humildad; sean para aquel penitente cuya cruz es una

cruz, y sean para ese costalero que bajo la ceguera negruzca de un faldón vive en silencio su ilusión del “fuerte p´arriba” y del tirón al cielo. Sean para ese músico que sólo con el relucir de sus metales y su uniforme deslumbra a los vencejos en los tejados, y despierta escalofríos de gozo fabricando gloria con los pentagramas de Dios.

Sean para los que pasean a Cristo por derecho y devoción...

Sean para los que pasean a su Madre con los dolores de un réquiem en el alma. Sean para los que miran a Su Madre y le abren el corazón, y le rezan, y le hablan, y le piden, y le halagan y le sienten...

Madre, la rigidez helada del Hijo desenclavado y descendido de la Cruz te colmó de angustia. Dulce como la miel, le diste un beso en la frente y acogiste en tu regazo el cuerpo inerte de Dios, el mismo que horas antes había sido golpeado por la soberbia humana, herido por los

desmanes del poder y crucificado por la traición del discípulo desleal.

Derramaste, Madre, un llanto desconsolado por las llagas sangrantes de sus manos. Y fundiste los gemidos desgarrados de tu dolor incontenible, con la herida abierta que una lanza cruel le infligió en su costado una vez muerto. Al pie de los maderos en Cruz y siendo la más fidedigna de los testigos, Tú sentiste, Madre, cómo el velo rasgado del templo, cómo el crujir del cielo en el crepúsculo, iniciaban la definitiva travesía para la conversión del hombre.

Pero ni siquiera ese sentimiento íntimo, esa justificación consciente de la muerte de tu hijo por el bien del hombre, pudo colmarte, María, de paz y consuelo. El dolor por el Hijo muerto te envolvía como la mezcla de mirra y aloe condensaba su sagrada mortaja. Sentiste que era el fin de una vida para el nacimiento de otra: la del hombre converso, fiel a las obras de Jesús, obediente a la Palabra

de Dios, misericordioso y caritativo con el prójimo y rebotante de amor.

Por la vía de tu inmensa aflicción, María, por la vía del sacrificio del Hijo que concebiste por la gracia de Dios, a esta obra magna del AMOR dedicaste tus afanes, prendida de la mano del Evangelista. Juan, el otro Hijo amado cuya custodia Cristo te confió hasta el final de tus días. San Irineo, Madre, así te lo cantó: “María, fuiste causa de salud para ti misma, causa de salud para todos los hombres”.

Tus Dolores, María, se convirtieron así en un enriquecedor motivo de culto para el Evangelista, en el andamiaje de su rendido reconocimiento a tu entereza, y en la piedra angular del ejemplo que en vida supiste dar a cuantos te amaron tomando conciencia de tu pena infinita. Conscientes... de tu fervoroso deseo por que llegara la hora de recuperar a tu Hijo uniéndote a Él en la eternidad de su reino.

Y como pago a la fidelidad de Juan, a su incondicional culto a tus dolores, María, pediste a tu Hijo la concesión de una gracia especial que ungiere a todos aquellos que, como ese Evangelista del amor, practicaron ayer, y practicamos hoy, la sincera devoción a tu corazón, siete veces atravesado por la angustia. Una gracia especial que bendijese a todos aquellos que, sobrecogidos por Tu dolor, se identificasen con tu drama a lo largo de sus vidas y alcanzasen a Dios prendados de él.

Y Cristo accedió. ¡Cómo negarse a compensar la amargura que por Él sufriste!, ¡cómo resistirse al candor de una Madre, como Tú, que implora favores para sus hijos, que regala amor en cada lágrima, que respira vida por cada poro!. ¡Cómo negar tu generosidad para todos aquellos que te rezan porque saben que más allá de una madre buena y preocupada, de una mujer sencilla y fiel, de una mujer entregada a la noble causa de su Hijo, eres, toda tú, la Madre de Dios!

Así se labró la tradición y así te enraizaste con ternura a nuestras almas. Así nació, y perdura por los siglos de los siglos, el duro camino hacia Cristo a través de la veneración de tus Santos Dolores.

Así Huelva, ansiosa de complacerte, resolvió recoger el testigo de devoción que nos brindó el Evangelista para gozar de Dios por medio de tu dolor.

Y así Las Colonias mantienen redivivo y firme el recuerdo de María, revistiendo de azul gloria el Dolor que encoge el alma en cada atardecer de un viernes precursor de la Pasión sublime.

Esa pasión que se madruga a golpes de llamador y se recoge, henchida de penitencia, con la tristeza desesperada de su mirada.

Tus Dolores, Madre, son Dolores levantados al pulso amargo de una Oración ante la Vera Cruz de su agonía.

Son Dolores mercedarios y aflicciones de la flor blanca que se marchita.

Son Dolores de gentes humildes, de humildes colonias, de incansables labradores de la marisma...

**Son Dolores, y los dolores, azucenas,
de un barrio orgulloso
cuando con su Madre rachea
en el instante sutil y eterno
del amor erigido en cofradía.**

**En el instante sutil y eterno...
de aquella saeta rota
que evoca en la sutileza del momento
el canto de una muerte angustiosa
y enluta a las golondrinas,
cuando se posan en su palio con Ella
y con Ella caminan de recogida.**

**Y es entonces, cuando en esa tristeza agónica,
la barriada la mira,
y en el dintel de su frente se inspira
y en su rostro sus penas ahoga.
Porque ahogadas las penas,
es ahora su alegría**

la que un barrio en lágrimas le brinda
engalanado en pétalos de terciopelo,
perfumado en fragores de inciensos...,
endulzado en malvas y ambrosías.
Porque ahogadas las penas,
enlutadas las golondrinas,
y rota aquella saeta,
no es ahora el barrio, sino Ella,
quien se refugia en sus bambalinas
sin querer recogerse en su altar
hasta que el sol brille de nuevo
y de nuevo se amanezca el día.

“Verdaderamente, Éste era el Hijo de Dios”. Son palabras de conversión que retumbaron con el eco fúnebre de la muerte cuando el agotamiento del calvario dobló a Cristo y al fin expiró.

Era tradición que los romanos quebraran las piernas de los reos ejecutados. Pero como vieran que Jesús ya yacía muerto en la Cruz, el centurión Longinos decidió clavarle una lanza en su costado. Con su gesto de mutilación cruel y mezquina, desveló aun sin saberlo un misterio insondable en el que la realidad y la leyenda, la fe y el arrepentimiento, la incredulidad y la certidumbre, se fundieron en un dogma postrero, pero ejemplar, de entrega a Dios. De sumisión a su poder.

Sea realidad o sea leyenda que las gotas de sangre de Cristo salpicaron a Longinos y alumbraron al instante su defectuosa visión; sea realidad o sea leyenda que la hoja afilada e incisiva de su rencor llegase a manos de José de Arimatea plena de poderes milagrosos, un misterio sí es

cierto: la primera obra de Dios tras su divina caída de párpados fue la transformación de la crueldad en bondad, fue la victoria de la paz sobre la guerra, fue la sustanciación de la hiel en miel, fue la conversión de la dura piedra en alma mística.

La de la cruel lanzada es la estampa incansable y tenaz que se reproduce cada Martes Santo, empapada en agua y sangre del costado de Cristo. En agua de bautismo y en sangre de eucaristía. En agua de la ría que en estas calles sensibles limpia de impurezas cada tramo de un desfile penitencial en memoria de su doliente pasión.

La de la cruel lanzada es la estampa empapada en sangre de Dios que riega de amor cada chicotá y, como a Longinos, nos devuelve la luz a los ojos, la claridad al espíritu, la transparencia al corazón.

La de Longinos, la de la cruel lanzada, es la estampa del mal que exudó vinagre, la del mal erigido en naturaleza que truena convulsa, la de la convulsión devenida en

arrepentimiento, la del arrepentimiento transformado en martirio, la del martirio reconocido en santidad...

Tu vil lanzada, Longinos, fue, sin más, la repentina concepción de la fe ante el infinito poder de Dios: el poder del triunfo colosal del amor. Porque como a Jesús, el Padre misericordioso tampoco a ti te abandonó.

Por eso, la tuya, Longinos, es también la estampa bella y santificada de un misterio recreador de la fe, edificado sobre el canasto de un paso que avanza, firme y convencido, como flotando por entre el aura de brillo y fervor que desprende su cruz de guía. Que avanza, con el Hijo del Hombre adormecido en la Cruz.

Que avanza con el Ecce Homo que desea recostarse sobre su Santo Sepulcro para reposar su agonía. Para descansar, ahora sobre los pies, ahora con el izquierdo por delante, ahora con el costero sosegado, ahora revirando entre una humareda bendita de incienso, y resucitar definitivamente

a la luz transparente del mundo a la derecha de Dios Padre Todopoderoso.

Siempre andando de frente, la imagen estremecedora del romano a caballo asaeteando a un hombre descoyuntado, a un cuerpo desnudo, despojado de vida e indefenso, es la imagen de la victoria misma del Cielo sobre la impotencia del incrédulo. Sobre la soberbia del pobre de corazón y el débil de voluntad.

¡Qué grande es su designio y qué limitado nuestro horizonte, cuando la sabiduría de Cristo recurre a la crueldad de una lanzada como instrumento para la conversión!

Y bulliciosa, entre un torrente divino de sangre y agua que enriquece los corazones y empapa las túnicas, la pureza del alma se aparece de repente, tiñendo los penachos blancos de unos sonos que regalan salud en su caminar. El requiebro de cornetas barrocas y danzarinas, al compás revuelto del tambor y de la baqueta nerviosa, reluce como

el pan de oro que Cristo amasa desde la Cruz, en un vaivén costalero, dulce como un beso dulce, dulce como la dulzura de un beso.

Huele a altramuces junto al trono de Cristo alanceado, y huele a coco recién cortado; huele a dulces de chocolate y a grasa de calentitos que se impregna, volandera como un globo, en la luz clandestina y prodigiosa de sus guardabrisas. Huele a clavel que se mustia de pena y a madera empapada en sudor; huele a esfuerzo joven bajo unos faldones de sacrificio; y un niño que no levanta un palmo del suelo se traga su llanto porque unas gotas ardientes de cera le han quemado en su orgullo mientras moldea en sus manos una bola de gloria multicolor, de color penitencia.

Huele a pavías de merluza, y el dulzor canela de una torrija casi se confunde con el chorrillo de anís que resbala, despreocupado, en el bidón refrescante de un relevo.

Huele a algodón de azúcar recién hecho y a palitos de regaliz.

Es Martes Santo en Cristóbal Colón y en el Paseo de la Independencia;

es Martes Santo en azul pavo y oro

cuando Cristo se adorna en chicuelinas para Huelva

y en San José, siempre de frente, acelera,

como deseando sumergirse en el gentío

con las prisas nerviosas del repiqueteo de un tambor.

Es Martes Santo, y la Concepción,

la Plaza de Las Monjas y una Palmera le esperan,

bajo la sombra de aquella cigüeña que dibujaba sobre esa

Parroquia en su vuelo,

una corona de espinas eterna.

La que ahora se enreda, ensortijada, en su pelo,

y le clava en la sién la fiereza

de unas espinas de fuego.

Es Martes Santo, y en cada levantá la llaga de su costado

mana sangre y agua, como de sangre y agua,

aquéllos tus ojos, Colonias, lloran lágrimas sinceras.

**Y a sus pies, un Patrocinio de angustia encarnado en
mujer,**

Madre de divina pureza,

le implora que no muera

porque su corazón se encoge dos veces...

Porque ella implora que dos veces no muera:

una por Dios y otra por el Hijo

que en el regocijo de sus entrañas

a este mundo naciera.

**Y en los latidos de un plenilunio de azahar me refugié,
como buscándote en una esquina, asido a las manos de la
luna, para poder contemplar mejor tu rostro, dormido en la
crudeza del sacrificio, dormido en la hora de la suerte
echada. Porque durante tres días tu corazón dejó de latir
por ti, para latir por nosotros en tu gloria infinita.**

**Tu lanzada es la marca del afán que dejan traslucir el odio
y la obsesión. Es la marca de un suplicio póstumo**

atravesado con clavos de ira a un leño impenitente. Es la mordedura de una serpiente rígida para un cuerpo exangüe. Y cuando atraviesa tu pecho, también mutila a la humanidad, como el pico de un águila lo hace con su presa. La lanzada es una guerra de destrucción para imponer su ley del mal sobre el débil. La lanzada es el odio y el rencor. Es la intransigencia y la violencia. La lanzada es un niño que, en su orfandad entre moscas y al sol inclemente del desierto, agoniza de hambre con su mirada ahogada en la desesperanza y cuya sed ni siquiera sacian sus lágrimas de amargura. Porque no se comprende tanta miseria... La lanzada es la vida concebida y aniquilada por el egoísmo.

La lanzada es la pobreza. Es esa miseria del que nada tiene y en la nada malvive con nada. La lanzada es la familia abruptamente rota por el vil filo de la espada, la familia destruida por el mortal hachazo de las bombas, la familia separada por el latigazo de la sinrazón terrorista de hienas y alimañas. La lanzada es la explotación. Es el hombre que muere víctima del racismo excluyente y del tribalismo

asesino; es la marginación, la deportación del hombre insultado y humillado que sufre atenazado por las garras de un poder corrupto, inmoral y oneroso;

La lanzada es el desgarró de dolor de la mujer a cuyo bebé el odio arrebató de su regazo; la lanzada es el hombre... amenazado por el egoísmo, por la desigualdad, por el dolor y el sufrimiento....

Ojalá mañana, tu lanzada llegue a ser también la aguja de un campanario para contemplar desde su altura, en la placidez de una tarde tranquila y cálida, un horizonte perenne de paz y amor. Ojalá sea el pico de una paloma grácil y elegante que enfile la bondad del alma en la grandeza de un vuelo sobre el mar; ojalá sea una puesta de sol púrpura en el horizonte de una playa; ojalá sea el penacho de caridad que ahogue en la sangre de tu lanzada el mortal hachazo de las bombas, el latigazo de las hienas y las alimañas, la marginación, la violencia, el insulto y la humillación, el poder inmoral, corrupto y oneroso... y devuelva al regazo de esa mujer afligida el bebé a quien una lanzada atravesó, rompiéndole el corazón...

Ojalá tu lanzada sea mañana una suave caricia de caridad.

Y allí, saliéndote al encuentro,

tu caridad busqué a mis dolores,

y buscándote por los senderos,

caridad hallé en tu nombre.

Caridad de sangre helada

que hiela el alma a las flores,

como al clavel heló la sangre,

y en la sangre de su costado se heló

aquel corazón enorme.

Eres caridad junto a la Cruz,

Y junto a la cruz, caridad,

un patrocinio de vida...,

porque eres vida de amor limpio,

porque eres la rosa que no se esconde

porque eres caridad de patrocinio,

y en el patrocinio de tu angustia,

sanas con los dones milagrosos de tus lágrimas

la cruel lanzada del hombre.

Las cornetas, con su estruendo agudo y chillón, con esos pellizcos de música que se clavan en el alma como un punzón, se apagan lentamente en la distancia, candentes con sus notas de oro líquido, como despidiéndose con un cálido adiós.

A lo lejos se siente el bombo, acelerado y pausado a la vez, tembloroso como los latidos del corazón cuando la emoción ebulle en él, y las pulsaciones se aceleran como se acelera el andar a su encuentro. Se siente el tambor que retumba en gozos y armonía porque su sonido, aún difuminado, es el anuncio. Y entonces, me elevo en puntillas para buscar entre un bosque de capirotos inquietos la plata pulcra de unos ciriales.

Aún está lejos. Pero a su fondo, una transparencia celeste del Odiel adivina su plenitud cuando las pupilas se me clavan en su horizonte.

Sobre los pies, poderoso, con los zancos sueltos para interpretar una sinfonía de elegancia costalera, el paso de palio avanza como si el río derramase delicadamente su

oleaje sobre las Colonias. Como si todo lo empapase de amor doloroso y pintara en las nubes blancas con los remates de sus varales un corazón atravesado por siete puñales. Avanza como si esos varales fueran los dedos de un niño y pudieran rozar el cielo para contemplarla de cerca, acariciarla y calmar sus dolores con una sonrisa. Y gana las calles con una plegaria engarzada en las perlas de un rosario, sin que las espinas de la rosa de pasión que acaricia entre sus manos asomen para rasgar su piel divina.

Con Ella, es el dolor mismo de sus hijos el que avanza con la penitencia alojada en una corona de espinas, y con esa corona de espinas serigrafiada en el corazón.

Sobre los pies te mece Huelva con la dulzura que destila Tu compasión; te mece Huelva sobre los pies con ecos de campanillas y címbanos, y con vaivenes rocieros de flauta y tamboril tintados de congoja. La del Martes Santo, contigo, Madre Dolorosa, impregnando de cariño cada zancada medida, no es la noche oscura del alma que

turbara a San Juan de la Cruz, sino la noche blanca del corazón que ilumina con sus cirios la pasión que condujo a tu Hijo a la muerte en su Calvario de Gólgota y crucifixión.

Y allí, hasta los naranjos se arrodillan a tu paso ante la envergadura de tu piedad. Se inclinan ante la inmensidad de tu belleza. Se humillan ante tanta bondad, ante tanta misericordia revestida de mujer. Para dejarte posar sobre esos cuatro zancos, a fondo, como cuatro torres brillantes de marfil que te ensalzan para la mejor contemplación de tu rostro cansado. Y con el corazón encogido, contagiado de los últimos rayos de ese sol atlántico que regala vida al barrio, todo en mí se envuelve con el color de la compasión y el olor, puro, a penitencia.

Todo se torna en una resonancia embrujada de aires y metales que en el crepúsculo de una tarde santa imprime ritmo a la perfección y te mece, Madre bendita de Dios, bajo el trono de una reina. Porque no es otra cosa la que mereces, ni otra cosa te dan las Colonias.

Y cuando en esos efímeros instantes de recogimiento que permite el reposo de una chicotá, te hallo allí, mirándome, con los ojos limpios de una madre, iluminada y viva en tu peana, mis entrañas se estremecen y también se arrodillan ante ti como antes lo hicieran los narajnos y las palmeras. Y te pide que tu debilidad alimente su fuerza, que tu agonía le insuffle aire, que a mi corazón le des fortaleza para seguir trabajando por Ti, para seguir caminando por Cristo, para seguir alcanzando a Dios ungido con el privilegio del cirineo comprensivo que ayuda a tu Hijo a arrastrar su cruz.

Y en lo más recóndito del corazón, en el automatismo de un abrir y cerrar de ojos, me embebo de Ti, me capturas y alcanzo a vislumbrar, siquiera un breve momento, cuánto fue tu dolor cuando viste las manos de tu hijo atravesadas por clavos, cuando oíste su grito desgarrado de muerte, y cuando supiste, en la crueldad de una lanzada inmisericorde, que la Palabra se había cumplido. Tanto

Dolor, Madre, es hoy el germen de mis oraciones; es semilla de vida.

Pero Tú ya lo sabes. Lo percibo en Tu mirada nublada por cinco lágrimas de almíbar y en tu rostro de nácar y porcelana.

Suena una saeta con ecos de otra lanzada furtiva. Pero ni siquiera su desgarró consigue distraer mi plegaria de hijo agradecido, de marido entregado, de padre humilde, de capataz sensible, de costalero obediente, de cofrade enamorado. Esa saeta sólo contribuye a realzar, más si cabe, mi fructífero encuentro contigo y mi diálogo de arrepentimiento íntimo y real postrado a tus pies. Esa saeta sólo hace que me sienta aún más cerca de ti. Es así, Madre. Tienes la virtud de transformar unos segundos de oración ante tu paso de palio, en la inmensidad de un océano. La virtud de detener el tiempo con un suspiro, y de convertir un solo golpe de tu llamador en un aldabonazo eterno, en

una levánta que nunca alcanza su cima porque el salto y el fulgor se congelan en el aire.

Tienes la virtud de que el peso de la trabajadera se duerma sobre la cuna de un costal como el bebé se adormece con el arrullo de una nana y el tacto de una leve caricia. Tienes la virtud de que tu cansancio se pose sobre la cerviz, ligero, como el gorrión lo hace sobre una rama. Tienes la virtud de que ni siquiera cuando el viento roza los pétalos de tus claveles yo distraiga mi atención de tus ojos, de tu boca, de tu ceño, de tus mejillas, y me devuelva a la vida, como despertándome del trance al que tu belleza me condena.

Porque me resisto a dejar de rezarte, aunque tus compases de campanilleros y aquél enérgico “venga de frente” pretendan separarme de ti...

Hasta que vuelvas a detenerte, y reencuentre tu frente en mi frente, tus ojos en mis ojos, tus manos en las mías...

Como Cristo con su Lanzada en el Costado, tu palio sigue el sendero perdiéndose entre las avenidas y las callejas, como recogiendo con tu manto el brillo de cada estrella para que la luz de la candelería no sea efímera; para que la llama de cada uno de tus cirios no quede huérfana, y sean otros padres, otros hijos, otros abuelos, los que te puedan rezar, como yo, extasiados de ti.

Antes de irte, Madre, déjame hablarte un poco más ahora que me brotan las palabras. Has levantado en la calle un altar para acercarte más a mí porque a veces me resulta más cómodo no ir a verte, no meditar en silencio ante tu llanto, o simplemente, te rezo sólo cuando me veo apurado y sin darte gracias porque cada día, cada amanecer que contemplo, es tu regalo envuelto en un papel color de vida al que resto importancia.

A veces, es cierto María, te fallo. Pero en la calle, el encuentro con tu altar es inevitable porque eres Tú quien sale a mi paso. Y me avergüenzo aunque sé que tu

capacidad de perdonar mis descuidos y disculpar mi pereza es infinita. Todo lo conviertes en una obra admirable. En tu reposado vaivén sobre las alpargatas, el ir y venir de las bambalinas se transforma ante mis ojos de pecador en un cortejo admirable, en un aletear de palomas que cincelan la primavera llenando de vida tu rostro. Perdóname, porque a veces olvido que en tus dolores reside mi dicha. Que son dolores generosamente asumidos para que los míos se amortigüen. Porque, Madre Santísima, sé que velas por mí en cada recodo de mi vida y en cada detalle de mis quehaceres. Tus Dolores, Madre, son mi protección y, de ingrato, a veces sólo te lo agradezco con la boca pequeña y la pequeñez de mi conveniencia.

Mira papá, otra vez están llamando.

Sí hijo, ya se va otro poquito. Ya se va...

Acércame junto a los faldones, papá, que quiero oír la llamada, que quiero oír bien lo que dicen.

¿Quiénes, hijo?

Ese señor les habla, y les dice que son valientes, y luego, papá, le da un golpe muy fuerte al paso.

Ven, hijo, dame la mano. Que esto que ves es la forma más bonita de rezar.

Y las trabajaderas crujen, y la parihuela cede en un estertor de riñones, y el sonido metálico y seco del llamador congela de nuevo el instante, porque la cofradía se va. Y los cuerpos se yerguen como recitan los cánones de la matemática cofrade del costal. Y un redoble de tambores y de cajas marca de nuevo la pauta para que el recogimiento de la oración se torne en causa de alegría para los sentidos. Y hay Dolores sin dolor. Y hay dolor en tus Dolores.

Y los platillos auguran la eclosión de la felicidad disfrazada en una marcha en tu honor. Y un cielo humano descarga un torrente de pétalos sobre la Madre de Dios. Y llueve alegría entre los cofrades. Y se empapan de un amor en plata y azul. Y se va, el palio se va, pintando en el racheo

una estela de gloria que duele como una lanzada en el costado, como un cuchillo se clava en el pecho.

Vamos papá, vamos tras Ella.

Pero hijo, ¿tú no te cansas?

Papá, sólo una chicotá más.

Solo una, mi vida, que la cofradía se va. Déjala en su soledad..., déjala vida mía..., déjala en su intimidad, déjala irse ya, que está de recogida.

¡Sólo una más, papá, sólo una más!

Y la Cofradía se pierde..., dejando tras de sí la silueta del amor recortada en el rostro amargo de la luna. Dejando tras de sí un cúmulo de sentimientos que, poco a poco, irán reposándose como el goteo alborotado de un reloj de arena, y se ordenarán en la mente para que la retina no los pierda... Ordenados los sentimientos, para que los sentidos los retengan.

La Cofradía se va y deja tras de sí un rastro de emoción y orgullo.

**Se va y deja tras de sí un oleaje de niños somnolientos
cuyo cansancio adormecido sobre los hombros de un
padre paciente es la oración más bella.**

**Porque otro Martes Santo, Cristo ha dejado que los niños
se acerquen a él cuando imitan risueños con sus palmas
que sus manos diminutas y de oro puro eran aquella aguda
corneta.**

**Porque otro Martes Santo los niños han querido a Dios
pidiendo cera, sin saber que cada gota brotaba regada en
bendiciones y enjugaba en los crisantemos su pena.**

**La Cofradía se va y deja tras de sí los sonidos de una
banda prendada de un tintineo de varaes, con sus notas
de Dolores, y sus corcheas en retreta.**

**Deja tras de sí el sonido incomparable de otro Martes
Santo que rasga su agotamiento en un costal... que ya se
entumece en las piernas.**

**O en la voz rota que guía a Dios
por el sendero vibrante de su retorno a casa,
de una catequesis de incienso,
y de una recogida íntima con Ella.**

**La Cofradía se va, y deja tras de sí a un barrio
sobrecogido en su propia tristeza,
presto a trabajar para que la magia del Martes Santo
se reproduzca, mañana, y pasado mañana, y después de
pasado mañana, como una espiral eterna,
con el milagro procesional de una Lanzada
que horada en Dios su estigma de penitencia.
Envuelta, otro Martes Santo más, en gozos de primavera
adornándose con la voz de una saeta...
...Iluminada, otro Santo Martes más,
en reflejos celestes de brisa marismeña.**

**Me enamoré de ti, y ya sin ti,
tu barriada, y Huelva entera,
no es tu barrio ni es Huelva,
que Las Colonias sin ti no son Colonias,
sino aquélla hija huérfana,
y Huelva, sin su dolor en las Colonias,
no sería Huelva,
porque Huelva,
como una Verónica sin padre,
frágil como la hija buena,
sin ti, se vería sola,
sin ti no estaría completa.**

He dicho